

¿Se puede estar solo/a en la ciudad?

Antes de empezar

Entre 1928 y 1942, el escritor argentino Roberto Arlt publicó en diarios y revistas una serie de artículos conocidos como “aguafuertes porteños”. En ellos, se descubren desde un nuevo punto de vista los espacios de la Ciudad de Buenos Aires, sus habitantes y las costumbres de esa época. Muchas veces, este escritor se incluye en sus textos como paseante y como observador de los lugares que recorre. ¿Sobre qué espacios o costumbres de la ciudad les gustaría leer? ¿Cómo se imaginan que eran en la época en la que escribió Arlt? ¿Habrán cambiado?



1. Lean la siguiente aguafuerte de Roberto Arlt.

Amor en el Parque Rivadavia

Si me lo cuentan no lo creo. En serio, no hubiera creído. Si yo no fuera Roberto Arlt, y leyera esta nota, tampoco creería. Y, sin embargo, es cierto. ¿Cómo empezaré? Diciendo que la otra tarde, “una hermosa tarde...”. Pero sería inexacto porque una “hermosa tarde” no puede ser aquella en la que ha llovido. Tampoco era de tarde, sino de noche, bien anochecido, las ocho. Como contaba, había llovido. Llovió un rato, lo suficiente para lavar los bancos, humedecer la tierra y dejar los caminos de las plazas en estado pastoso. Más aún: llovió de tal manera que, si usted se fijaba en los bancos de las plazas, comprobaba que conservaban frescas manchas de agua. No había banco que no estuviera mojado.

Eran las ocho de la noche y yo cruzaba el Parque Rivadavia. No iba triste ni alegre, sino tranquilo y sereno como un ciudadano virtuoso. Alguna que otra pareja se cruzaba en mi camino y yo aspiraba el olor a los eucaliptos que flotaba en el aire envolviéndolo dulcemente. Como decía, iba cruzando el parque, hecho un santito. Las manos sumergidas en los bolsillos del perramus, y los ojos atentos. Y de pronto... (Aquí llegamos y por eso me retardo en llegar). De pronto, en una alameda que

corre de Este a Oeste, y llena de bancos en los que los focos revelaban frescas manchas de agua de la lluvia caída, vi parejas compuestas de seres humanos de distintos sexos, conversando (esto de conversar es una metáfora) muy liadas. ¿Se dan cuenta ustedes? No solo no sentían el fresco ambiente, sino que eran hasta insensibles al agua sobre la cual estaban sentados. Yo me hacía cruces y me decía: “No, no es posible... ¿Quién me va a creer esto? No es posible”. Y como un ingenuo, acercaba mi nariz a los bancos, los miraba y los veía, mojados a tal punto que, con perramus y todo, yo no me hubiera sentado allí. Y las parejas, como si tal cosa... Cualquiera hubiera dicho que, en vez de estar diciéndose ternuras sobre una dura madera mojada, reposaban en cojines de Persia rellenos de plumas de grulla rosada.

Y no era una pareja. Eran muchas, pero muchas parejas, igualmente insensibles a la humedad e igualmente laboriosas en eso de demostrarse que se querían. Algunas permanecían en un silencio comatoso, otras, cuando yo me acercaba, se apresuraban a gesticular como si discutieran temas de vital interés. En fin, terminé de cruzar el parque, consternado y admirado, pues ignoraba que el amor impermeabiliza las ropas de los que se sentaban en bancos mojados. La otra noche vuelvo a pasar por el parque Rivadavia. Hecho un santito, con las manos sumergidas en el bolsillo del perramus y los ojos atentos. No llovía, pero había, en cambio, una humedad de mil demonios, si mil demonios pueden ser húmedos. Tanta humedad, que la humedad se distinguía flotando en el aire bajo la forma de neblina. Eran las ocho de la noche, hora en que los ciudadanos virtuosos se dirigen a sus casas para embodegar un plato de sopa bien caliente. Y yo cruzaba el parque pensando que bien me había ganado un plato de sopa y otro de estofado, pues tenía frío y sentía debilidad. A diez metros de distancia apenas si se distinguía a un cristiano o a una cristiana. Tan espesa era la neblina. Y yo pensaba: “Heme aquí, en el lugar más adecuado para pescarme una bronconeumonía o, cuando menos, una pulmonía doble. No hablemos de gripe, porque de solo poner las narices por aquí uno se hace acreedor de ella”. Iba entregado a estos pensamientos cuando llegué a la alameda que corre de Este a Oeste. Esa, la misma, la de los bancos. ¿Querrán creerme ustedes? Desafiando las bronconeumonías, las pulmonías dobles y simples, las gripes, los resfríos, las pleuresías secas y húmedas, y cuanta peste pueda relacionarse con las vías respiratorias, innumerables parejas de niños y señoritas,

jóvenes y caballeros, se arrullaban de dos en dos bajo las ramas de los árboles, que goteaban lagrimones diamantinos. Juro que sería criminal no confesar que se arrullaban tiernamente. En la neblina, bajo los árboles goteadores.

“Ya ni en la paz de los sepulcros creo”. No creo en los efectos de la lluvia, de la neblina, del viento, del frío ni del diablo. No creo en la paz ni en la soledad de nada. Siempre y siempre que me he dirigido a un sitio solitario y oscuro, a un paraje que desde afuera hacía pensar en la soledad del desierto, siempre he encontrado allí una muchedumbre. De manera que me inclino a creer que la única soledad posible es aquella que se produce en un agujero de tierra en cuyo fondo dejaron un cajón... ni en esa se puede creer. De cualquier manera, he aprendido algo: que el que quiere soledad que la busque dentro de sí mismo y que no importune a las parejas, que, por tener la convicción de su amor, se quieren al aire libre y a la luz de una o varias lunas de arco voltaico.



Arlt, Roberto. *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires: Losada, 1958. (Adaptación)

- ¿Qué es lo que más le llama la atención al escritor sobre el Parque Rivadavia durante la noche?
- El paseante narra dos visitas al parque. Completen el siguiente cuadro con las diferencias entre ambas.

Descubrimientos de la primera visita	Descubrimientos de la segunda visita

- ¿Qué va a buscar el escritor al Parque Rivadavia? ¿Encuentra lo que busca? Subrayen en el texto palabras o expresiones que indican si lo encuentra o no.
- En sus aguafuertes, Roberto Arlt construye cercanía con sus lectores/as. ¿Qué recursos se emplean en “Amor en el Parque Rivadavia” para construir esta cercanía? Busquen en el texto un ejemplo y transcribanlo.

6. A continuación, van a encontrar una foto antigua del Parque Rivadavia. ¿Se parece a la descripción que se presenta en el texto que leyeron?

- Si piensan que sí, transcriban una frase que justifique las similitudes.
- Si piensan que no, expliquen qué cambios realizarían en la foto para que concuerde con la descripción de Arlt.



Antes de terminar

Recorramos la ciudad de diferentes maneras y prestando atención a diversos espacios. Recuerden los paseos que hayan hecho por la Ciudad de Buenos Aires: ¿qué lugar le recomendarían a Roberto Arlt para que vaya a estar tranquilo?



Para profundizar

Los/as invitamos a ver el siguiente video para conocer más acerca de las aguafuertes porteñas. A su vez, les proponemos seleccionar una cita de “Amor en el Parque Rivadavia” para incorporar al video: ¿en qué momento la incluirían? ¿Agregarían alguna información o explicación sobre ella?



Claves de lectura: Arlt, aguafuertes
Canal Encuentro
bit.ly/43kjhjj

Escaneen este código para acceder al contenido.



Si quieren leer más aguafuertes porteñas, pueden consultar el siguiente material.



Aguafuertes porteñas, de Roberto Arlt
Educ.ar
bit.ly/43naxJe

Escaneen este código para acceder al contenido.

